

glaterra nos recuerda los viejos tiempos, puesta su armadura y en la mano su espada tremenda. Un Robespierre, más o menos auténtico, está no lejos de un Francisco I, mientras que algunos Papas miran a ambos con igual mirada indescifrable, como pensando que, realistas o republicanos, los hijos de Francia no serán en el futuro sumisos corderos de la apostólica grey. Unas imágenes yacentes, de antiguos duques germanos, desdican la humildad aparente de sus vestiduras mortuorias franciscanas, con el mármol en que son reproducidas, y los blasones arrogantes de sus escudos.

*Judith y Holofermes*, de Donatello, el famoso *Moisés*, de Miguel Ángel, una estatua de este mismo, con su cara ceñuda y su cincel divino, forman otras de las atracciones de esta sección.

He aquí, salgo diciéndome, qué contrastes: santos y reyes, filósofos y papas, todos juntos en la misma galería... El señor de Voltaire y Robespierre, Francisco I y Cosme de Médicis... Sabe Dios cuántas cosas se dirán en sus interminables horas de «soledad en compañía!...»

Las otras reproducciones, arquitectónicas, son también de gran valor y belleza, pues dan al visitante una cabal idea de algunos de los más famosos edificios que haya producido el hombre, verdadera expresión de las épocas en que fueron alzados.

Se encuentran en amplio *hall* que ocupa el centro del edificio, y que tiene unos frisos griegos de tamaño enorme, que ya le dan cierto aspecto de templo.

Un púlpito de la Catedral de Siena, una miniatura del templo de Karnak, otra del Arco de Constantino en Roma, el Panteón... Más allá, el Partenón, todo con una exactitud de detalles, y una perfección que dan la impresión del mayor realismo. Hasta pequeñas figurillas, vestidas a la usanza de la época, trajinan bajo las columnas, como con la inquietud, en esta última copia, del ateniense siempre pronto a discutir o celebrar el genio.

Sin embargo, el trabajo más hermoso es tal vez la reproducción minuciosamente detallada de la Catedral de Nuestra Señora de París, como de unos dos metros de frente por cuatro de fondo, poco más o menos.

No podéis imaginaros hasta qué punto se siente el hechizo de su visión, y cómo la mente se aleja internándose en la penumbra sagrada de sus bóvedas, hasta los siglos lejanos, envueltos en la melancolía del pasado.

Ved: en esta evocación, aparecen los Príncipes de Valois, enfermizos y buenos católicos, y pasan las sombras de los Guisas y de Catalina de Médicis... Aquí han venido, estoy cierto de ello, a pedirle a Dios que la degollina de hugonotes salga del todo bien; aun cuando ya sabéis que la famosa noche de San Bartolomé no impidió que el gentil Navarro, este buen Rey Enrique IV, de quien Dumas nos hace partidarios con la magia de su pluma, se instalase después en el trono de San Luis, y aunque fuere a misa, es dudosa su fe... Ved, las sombras de los Cardenales Mazarino y Richelieu, que conocen mejor el gobierno del estado que el de la grey de Cristo, y la de Madame Pompadour, que se me antoja, aun cuando no sea una traducción, sino una definición arbitraria, verdadera «pompa de oro» de aquella edad dorada...

Ved estas torres graciosas, en donde la silueta extravagante del jorobado campanero parece escapar de las páginas del gran Hugo y asomarse cautelosa tras las ojivas...

Todo París, galante y caballeresco, pasa al pie de Nuestra Señora, y aún entra, y dobla la rodilla, cortesano como es, junto al altar, desde donde el Padre Celestial habrá de perdonarle, como a la Magdalena, porque si peca mucho es porque ama mucho... Oh, dulce poder del alado Eros, cuya

estatua, me olvidaba decirlo, es una de las más preciosas de la sección griega!...

Y no creáis que viene a destiempo esta cita helena. Aquí tenéis, con toda su mutilada belleza, la Victoria de Samotracia, sobre su esquiife, al que sus alas servirán de velas... Ya lo dijo un escritor: esta escultura es eterna, por la fascinación de lo desconocido. El misterio de su cuerpo decapitado abre una interrogación que torna nuestra curiosidad en culto. Ponedle brazos a la Venus de Milo, y perderá la mitad de su encanto; dadle su cabeza a la Victoria, y, en vez de un enigma grato a nuestro afán insaciable por lo ignorado, será solamente una obra hermosa del arte griego.

Y luego convenid en el acierto con que se han reunido estas dos cosas caras al espíritu: la Catedral de Nuestra Señora y el monumento samotracio; es decir, la representación de la ciudad-luz, tras la del pueblo-luz...

En esta sección, como en casi todas, numerosas y notables fotografías complementan las obras exhibidas.

Pasemos a estas salas, en donde la arquitectura nos presenta sus tesoros: hemos entrado, a lo que parece, en algún regio alcázar, y no os extrañéis si de pronto aparecen, en vez de estos buenos hombres que cuidan, algún grave caballero o gentil duquesa. Tengo para mí, que el de Alba, cuyo retrato miráis en la armería, o los Médicis, cuyos bustos no quedan lejos, han de venir a descansar aquí de la curiosidad de los visitantes.

Imaginad todo lo que el arte de la Europa del Renacimiento, que laboró estas cosas, y el oro de M. Pierpont Morgan, que se las trajo para acá, pueden hacer de consuno, y tendréis una idea de las maravillas que hay en esta galería.

Ved el marfil rivalizando con el oro: ved el palacio compitiendo con el templo, los artesonados del lecho suntuoso con los de la capilla sacra. Ved estos muebles de los Luises, y estos retablos de puro sabor antiguo. Vírgenes, sillerías de coro, un altar notable, de la escuela catalana, siglo quince, procedente de Zaragoza; esculturas en madera, de Santa Bárbara, con su torre, San José con su dragón, San Pedro y San Pablo, gravemente apostólicos, y San Martín, a caballo, partiendo con su espada el sayo para dar la mitad al pobre que será el propio Jesús... Ved la fe medioeval, rindiendo culto a estas imágenes un tanto ingenuas, pero graciosas en su sencillez...

Más allá, contemplad el arte bizantino, en el que el cristianismo tiene cierto sabor pagano que me complace, porque presta la seducción de oriente al culto de Roma... Y luego, estas vidrieras que adornaron las viejas ventanas ojivales, en las cuales la luz se tamiza y descompone, arrojando una confusión de colores sobre los altares, volviendo más cárdeno el lívido cuerpo del Crucificado, más amarillo el oro de las custodias, más misteriosa la luz de los candelabros, más sutil la llama perenne de las lámparas votivas...

Se comprende que al influjo de este ambiente, los hombres se volviesen santos, místicos o locos. Tiene una tan suave seducción sobre el espíritu, con su silencio contemplativo, con sus remembranzas divinas!... Oh, no conocéis qué poder fascinador tienen estas cristalerías, verdes, azules, rojas, violeta, en que el rayo del sol, como a través de un maravilloso filtro, se descompone en haz multicolor que reviste todas las cosas de un encanto nuevo y subyugante, propicio para el éxtasis...

Nunca, como en este caso, ha estado tan bien empleado el oro prosaico de Mr. Morgan.

Para terminar, anoto dos grupos escultóricos notables: *Piedad*, y *El Descendimiento*, representando a la Virgen María con Cristo, trabajo hecho por desconocido artista para la ca-